

El pastor del Valle de Mugelle

(Continuación)

Pasaba la primera emoción de alegría de su prima, Giotto volvió á tomar su aspecto tranquilo, y aún pudiéramos decir grave; con un dedo puesto en la sien, fijaba su mirada reflexiva, penetrante, escudriñadora, en el horizonte, y sin saberlo, estudiaba el imponente espectáculo de la Naturaleza. En cuanto á Fiammetta, pasó media hora dando vueltas entre sus manos al cofrecillo, del que no podía apartar sus grandes ojos azules, llenos de una natural admiración.

—¡Hola, hola, señora Pintada! ¿Estás aquí? Bribonzuela, ¿quién te ha dado permiso para correr por todas partes?— dijo Giotto cogiendo por los cuernos rodeados de flores á una cabra, cuya larga barba se abría en dos, enroscándose en sus extremos.—Ven pronto, Fiammetta, y sujetarás á este animalito; para castigarla por su indocilidad, voy á pintar su retrato en esta hermosa pizarra que ha lavado y bruñido la lluvia tan perfectamente.

Y la niña acudió á detener á la Pintada por los cuernos; Giotto se colocó con una rodilla en tierra, de manera que quedase delante la cabra; sacó una navajita con la inscripción, y se puso á ver si podía reproducir su modelo, que se admiraba del extraño papel que estaba representando.

Fiammetta no tuvo bastante paciencia para esperar que le avisase Angiolotto para que juzgase del parecido, y apenas pasados algunos instantes, se adelantó hasta donde se hallaba su primo, sin soltar los cuernos de la Pintada, que, creyéndose ya libre, empezó á ponerse de manos y á saltar.

—¡Ah! ¡Es ella! ¡Es la Pintada!—exclamó la niña.—Pero aún no está concluido. ¿Sabes, Giotto, que está muy bien hecho lo que dibujas? Espera, espera, que nos vamos á colocar de nuevo la Pintada y yo... ¿Estábamos así, no es verdad? ¿Sabes, primito mío, que es sensible que no se pueda hacer á las personas tan parecidas...? ¡Eso sí que sería bonito...!

—Sí se puede...—respondió gravemente el pastorcillo.

—¡Ah! Desde que murió mi buena madre, me ha ocurrido esta idea muchas veces. ¡Si yo pudiera tenerla aquí, delante de mis ojos, pintada como se hallaba cuando estaba viva...!

—¡Oh, sí!—repitió Angiolotto con un acento profundo.

Y proseguía pasando la punta de su navaja por la oscura piedra, destacando vigorosamente con trazos blancos el dibujo de la cabra.

Detrás del joven pastor se veían tres caballeros de noble aspecto, llevando traje florentino, que se habían parado al pie de la colina. Uno de ellos echó pie á tierra para preguntar á los niños, que acababan de ver, en qué parte se hallaban del valle de Mugelle, pues se habían extraviado. Una magnífica espada levantaba un poco el borde de la capilla de uno de ellos; un rico collar brillaba en su pecho; se adelantó retorcendo su bigote negro y sedoso, que se perdía entre su espesa barba cortada en punta. Angiolotto no podía verle, y Fiammetta estaba tan absorta conteniendo los movimientos de la Pintada, que llegó hasta detrás del pastorcillo sin que se apercibiesen de su presencia.

Este trató de examinar qué asunto podía traer tan distraídos á los niños... Una expresión de viva sorpresa, de gran admiración se pintó en su rostro; casi inclinado, la barba apoyada en la mano, fija la mirada, concentró toda su atención en el dibujo y en aquella tierna manecita que con tanta valentía y facilidad deslizaba la punta de aquel buril improvisado grabando en la superficie de la piedra.

—¡Y también él es pintor!—exclamó el personaje.

Fiammetta lanzó un grito, soltando los cuernos de la ca-

bra, que contenta de verse libre se puso en tres saltos á una buena distancia. El pastorcillo se había levantado, y sus grandes ojos negros, llenos de una extraña expresión de vago presentimiento, se fijaron en el noble caballero.

—¿Quién te ha enseñado lo que estás haciendo?—le preguntó el desconocido.

—Nadie—contestó el pastor.

—¿Quieres ser pintor, un gran pintor... niño mío?

—No sé lo que es—respondió Angiolotto.

—¿Quieres venirte conmigo?

—Caballero, con mucho gusto, si mi padre no pone inconveniente.

—Vamos á ver á tu padre... Niño... yo me llamo Cimabue, y desde ahora eres mi discípulo...



La custodia del rebaño quedó á cargo de la pobre Fiammetta, que permanecía inmóvil en el mismo sitio, sin poderse menear y casi asustada. Y como un neófito que se levanta y marcha á la voz de un apóstol, Giotto echó á andar detrás de Cimabue.

Angelo de Bodone, padre de Angiolotto, honrado labrador del valle de Mugelle, escuchó con gran sorpresa la proposición que le hacía el señor de Cimabue para llevarse á su hijo; le prometió que si no defraudaba sus esperanzas, llegaría á ser venerado su nombre y sería una gloria para su país. El pobre hombre no podía compren-

Gente Menuda

ler estas últimas palabras. Sin embargo, contento al ver á su hijo bajo el amparo de un caballero de tan apuesta y elegante figura, dió un abrazo de despedida á Angiolotto; éste volvió al campo á despedirse de Fiammetta, á quien encontró llorando en el banco de césped, cerca del manantial de los Cuervos.

En aquella misma noche Giotto se hallaba en Florencia, en el taller de Cimabue, paseando sus miradas llenas de satisfacción sobre los dibujos y los cuadros del maestro; pero su mirada tranquila no denotaba admiración; su frente estaba inclinada, y con un dedo puesto en el labio, parecía que estaba extasiado ante una vaga idea, y que al considerar las obras del que entonces era el príncipe del arte, el niño hubiera comprendido toda la gloria que le estaba reservada.

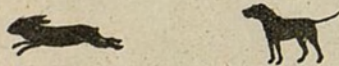
Giovanni Cimabue acababa de ser el creador, más bien que el restaurador de la pintura florentina, cuya escuela no tenía ni forma ni carácter; sus pintores toscos y sencillos podrían considerarse mejor como embadurnadores que como verdaderos artistas, contentándose con copiarse unos á otros sus defectos y su profundo olvido de la Naturaleza.

Hablando de Cimabue, dice lo siguiente el abate Lanzi en su erudita obra sobre la *Historia de la Pintura*:

«Estudió la Naturaleza, corrigió en parte la dureza del dibujo, animó las cabezas, supo plegar los paños y agrupó las figuras infinitamente con más arte que los bizantinos.»

Sin embargo, aún no había bastante seguridad en el maestro para mirar la Naturaleza; el culto de lo bello, de que ni aun participaban sus madonas, debía brillar más tarde en las obras del joven pastor, su discípulo, el verdadero discípulo de la Naturaleza, que así fué llamado por sus sublimes trabajos en Assise.

(Concluirá.)



SEGUNDA CHARADA REPRESENTABLE

A instancia de varios lectores que han representado la charada que publicamos en nuestro número del 29 del mes último, y mientras podemos ofrecerle una *Comedia infantil* que pronto figurará en nuestras páginas, damos hoy la segunda charada en acción, que celebraremos merezca la aceptación con que la primera ha sido favorecida por los jóvenes lectores de GENTE MENUDA.

CUADRO PRIMERO

Un salón. Varias niñas hablan en voz baja.
 NIÑA PRIMERA Hace cerca de una hora que esperamos, y estoy volada porque he dejado á los niños solos en casa.



NIÑA SEGUNDA ¿Tiene usted muchos?
 NIÑA PRIMERA Muchos, señora. ¡Cinco, y el mayor de nueve años! Ahora vengo á ver á Su Majestad por si logro una plaza de gracia en un colegio.

NIÑA SEGUNDA También yo vengo á pedir.
 NIÑA TERCERA Y yo creo que todas vendremos á lo mismo.
 NIÑA SEGUNDA Yo vengo á ver si consigo que repongan á mi esposo, que está cesante por una injusticia.

NIÑA TERCERA Yo vengo porque me niegan la viudedad.
 NIÑA PRIMERA ¿Su esposo de usted era militar?
 NIÑA TERCERA Sí, señora. Sargento de Carabineros.
 NIÑA SEGUNDA Entonces... no sé si tendrá derecho...
 NIÑA TERCERA ¿Derecho? Todo será cuestión de influencias; porque, desengañese usted...
 NIÑA PRIMERA No hablen ustedes tan alto, que nos van á oír desde la cámara.

Una niña muy elegante con una banda aparece en la puerta y dice:

Señoras: ha habido tantas comisiones, que S. M. no ha podido recibir á ustedes hasta ahora...

NIÑA TERCERA ¿Quién es esta señora?
 NIÑA SEGUNDA Es... (la habla al oído).
 NIÑA PRIMERA (al público):

TERCERA Y PRIMERA

CUADRO SEGUNDO

Los niños permanecen ocultos y guardando el más absoluto silencio durante uno ó dos minutos, y después uno de ellos dice al público en voz alta:

SEGUNDA Y TERCERA

CUADRO TERCER

La escena se supone en el campo.

NIÑA PRIMERA Aquí podemos sentarnos en estas piedras.
 NIÑO PRIMERO Iba á proponer eso mismo. Sentémonos. ¿Queréis que tomemos leche?
 NIÑA PRIMERA Como tú quieras.
 NIÑA SEGUNDA ¡Ay, sí, papá, tomaremos leche recién ordeñada! Aquí no tendrá agua como en Madrid.
 NIÑO SEGUNDO ¡Eh, pastor! ¿Puede usted traernos leche?
 NIÑO TERCERO (Pastor). ¡Qué duda cabe, señoritos! ¡Ya lo creo! y bien rica que es la de mis ovejas, y sin posturas ni porquerías.
 NIÑA TERCERA ¡Ay! Mira, mamá, que bonita es aquella oveja y mira qué corderito tan chiquirritín lleva aquel hombre.
 PASTOR Ese ha nacido hoy.
 NIÑA TERCERA ¡Anda, y qué grande está ya para ser recién nacido!
 NIÑA PRIMERA ¡Mira cómo va la madre detrás del pastor, sin dejarle porque lleva su hijito!
 NIÑO PRIMERO ¡Hasta en los animales es hermoso el amor maternal!
 NIÑA SEGUNDA Papá, ¿para que son aquellas redes de cuerda!
 NIÑO PRIMERO Eso es el redil donde guardan las ovejas de noche.
 NIÑA PRIMERA (al público):

EL TODO



BELLAS ARTES

EL DISCÓBOLO

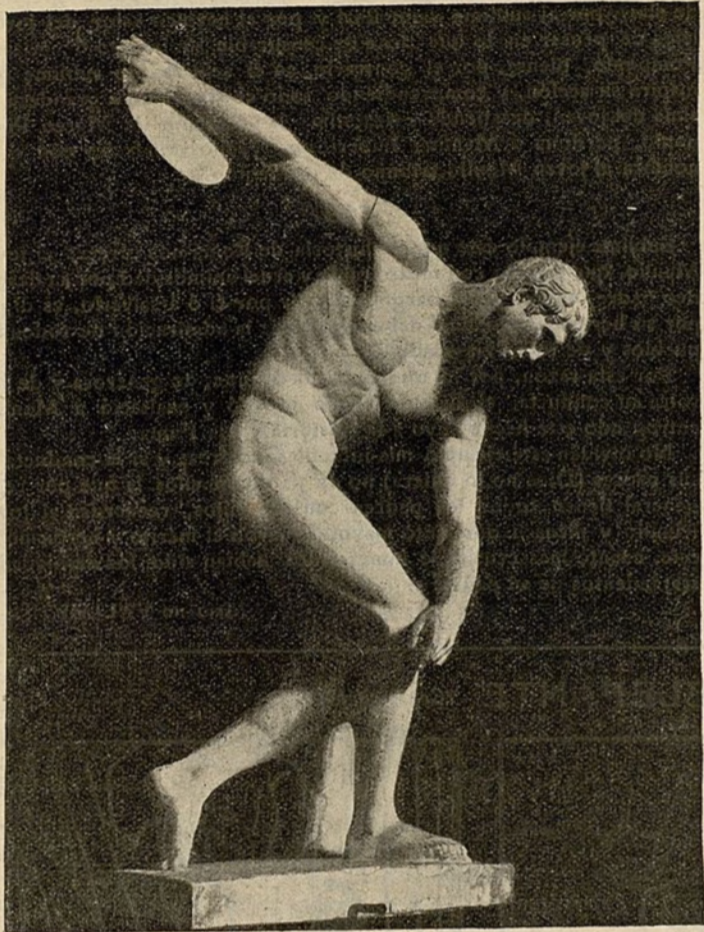
Formaba parte el manejo del disco de los renombrados juegos olímpicos del pueblo griego, y al atleta que se ejercitaba en este deporte se le llamaba *discóbolo*. Iba éste desnudo generalmente, aunque algunas veces se le ve representado con la cintura ceñida con una faja, y en una medalla de Marco Aurelio figura vestido con una túnica; pero éstas son excepciones de la regla. La posición de los discóbolos en los monumentos antiguos ha hecho suponer que no se trataba de alcanzar con el disco un objeto determinado, sino que el propósito era lanzarlo á gran distancia, resultando vencedor el que con más fuerza le impelía.

El que está representado en nuestra copia, figura la acción de lanzar con gran violencia el disco, y por esto se le ha dado



el nombre de *discóbolo en acción* á esta escultura hallada en la Ciudad Adriana, en Tívoli, á fines del siglo XVIII. Fué adquirida por el Papa Pío VI, que la hizo colocar en el Muséum del Vaticano. En el año 1792 fué trasladada á París y restituida á Italia en 1815.

Según los arqueólogos, es una de las varias reproducciones del *discóbolo* del Palacio Massini, de Roma, que se cree copia



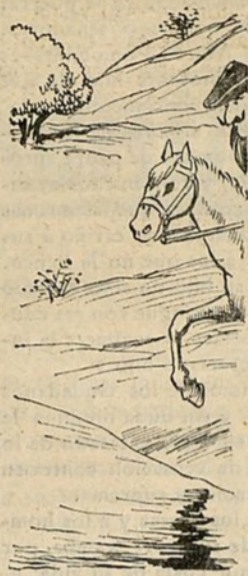
exacta de la estatua de bronce de Miron, tan celebrado en la antigüedad. La figura revela la gran habilidad del artista griego para expresar la vida y el movimiento dentro de los límites que impone la estatuaria, y es de un dibujo gracioso y un artístico modelado. La estatua del *discóbolo en acción*, que publicamos, es de mármol y mide cinco pies y seis pulgadas de altura.

AVENTURAS POR MAR Y POR TIERRA DEL BARON DE MUNCHAUSEN

DE CÓMO EL BARON POSEÍA UN CABALLO QUE BEBÍA LOS VIENTOS Y LOS ARROYOS INCLUSIVE



Confieso francamente, caballeros, que como en trances fieros siempre tuve á la suerte de mi parte, y tengo unos instintos muy guerreros y me distingo en el difícil arte que llaman de la guerra, en cualquiera comarca de la tierra en que se *sacudían la badana* apelaban las huestes á porfía á mi reconocida valentía. Hubo un tiempo en que en lucha se enzarzaron la Rusia y la Turquía y, como es consiguiente, me llamaron. Yo, por no desairar, porque no quiero que por nadie se diga que no soy un perfecto caballero, y no hago yo desaires ni á una hormiga, les mandé por escrito una breve respuesta en que decía: «Voy allá y lucharemos un ratito por Rusia y otro rato por Turquía.» Aún tengo muy presente una batalla célebre. Luchab



por Rusia, *casualmente*, y con tal ardimiento se lidiaba que nadie al pelear estaba cierto de si se hallaba sano, herido ó muerto. Yo noté en mi caballo las señales de tener mucha sed, pues lo adivino por ciertos movimientos especiales, y le guié hacia un lado del camino, donde corría un límpido arroyuelo por el verdoso y florecido suelo. Bebía el animal con ansia ardiente en la fresca corriente sin verse nunca hartó. ¡Y era lo más notable del asunto que comenzó á beber á la una en punto y eran más de las cinco menos cuarto! ¡Le quise separar, y él, nada! Dale y dale que le das á la bebida, y yo dije en seguida: A este animal, por fuerza, se le sale. ¡Si tendrá alguna herida! Me volví, y al mirar, vi con profundo sentimiento la cosa más notable

entre todas las cosas de este mundo. ¡Una cosa increíble... mas palpable! Vi que el cuarto trasero de mi potro (le conocí porque como él no hay otro) estaba en el lugar de la pelea dando coces á diestro y á siniestro con fuerza gigantea, que en lo de cocear era maestro. Le habían dividido ferozmente, y al pobre le quedaba el cuarto delantero solamente, y por eso al beber no se llenaba, sino que se vertía, como yo en un principio suponía. Entonces, al mirar su resistencia, su valor indomable y su paciencia, le hice muchas caricias al pobrete, y... ¡oh digno bruto de su gran jinete! me miró con un gesto compungido, como diciendo:—¡Ay, amo, me han partido!

C. L. DE C.



UN BUEN HIJO

La historia, testigo de los tiempos, luz de verdad y maestra de las costumbres, como Cicerón la define, está llena de grandes ejemplos y enseñanzas, y la de Roma, por ser el reflejo fiel del esforzado ánimo y de las grandes virtudes de los que con sus heroicos hechos la crearon, tiene el prepotente vigor y la pujante grandiosidad de aquel pueblo-rey que, descendiente de los vencidos troyanos, llegó á dominar el mundo.

Tito Livio, historiador de la segunda guerra Púnica, narra y comenta un hecho que yo, por creerlo un noble y elevado ejemplo ofrecido á la juventud, voy, aunque no con la concisión y elegancia del historiador latino, á referir á mis infantiles lectores.

¿Para qué inventar leyendas inverosímiles de hadas y de genios, que son, si admitidas por las imaginaciones infantiles, rechazadas después por la razón, cuando ésta las juzga y analiza?

Dejo, pues, para otros la penosa é inútil tarea de imaginar; y ateniéndome á la historia, me concreto á narrar únicamente, porque tengo la seguridad de que narrando puedo enseñar mucho más, sin entretener por eso menos.

II

Durante su dictadura, Manlius Imperiosus había mostrado siempre un carácter irascible y despótico, llegando en sus demasías hasta hacer azotar con varas á muchos ciudadanos romanos.

Nuevo Farquino el Soberbio, Manlius Imperiosus había llegado á ser un objeto de animadversión para Roma entera, y no bien terminó su dictadura, los tribunos de la plebe lo residenciaron y llamaron á juicio ante los comicios.

Marco Pomponio, uno de los tribunos del pueblo, presentó ante éste la acusación, en la cual, sobre pintar con los más negros colores la bárbara crueldad y la insoportable tiranía que Manlio había demostrado durante su mando, se le acusaba de que, contrariando los afectos de la Naturaleza, mostraba con su hijo—Manlio también de nombre—una ferocidad tal, que tratándolo peor que á sus esclavos, lo tenía condenado á los trabajos más serviles en una de sus casas de campo, privándolo inhumanamente de instruirse asistiendo

á los debates del foro, y de adquirir gloria y celebridad en la guerra, ideal de todos los ciudadanos romanos plebeyos, quirites ó senadores.

«¿Y por qué delito—decía en su acusación Marco Pomponio—es tratado con ese fiero é inconcebible rigor el inocente hijo de este padre sin entrañas? Porque no habla con facilidad únicamente.

»Si el hombre objeto de mi acusación tuviera algunos de los sentimientos naturales; si mereciera el sacrosanto nombre de padre, procuraría corregir con la educación suavemente, y con buenos maestros, el defecto local de su hijo; pero no, más fiero que las mismas fieras de las selvas, las cuales no amamantan con menos cariño á sus hijuelos que tienen alguna deformidad, que á los que no la tienen, Manlio añade un mal á otro mal, y si hay en su hijo un solo destello de virtud, de valor ó de inteligencia, lo ahoga y extingue con esa educación propia para embrutecer, no para despertar ni enaltecer la inteligencia ni los nobles sentimientos de su desgraciado hijo.»

Estas palabras irritaron los generosos ánimos de los ciudadanos romanos contra Manlio, al cual odiaban ya, y sin duda ninguna le hubieran condenado á un ejemplar castigo si su hijo, enterado de lo que pasaba y no queriendo servir de prueba de acusación contra su padre, no hubiera adoptado una resolución heroica y suprema.

«Quiso—dice Tito Livio—hacer conocer á los dioses y á los hombres que, lejos de favorecer á los acusadores de su padre, estaba, por el contrario, dispuesto á defender á éste, aun á costa de su vida; y, en efecto, exponiéndola por amor al que tan mal lo trataba, una mañana, armado con un puñal que llevaba oculto bajo su túnica, se presenta en casa de Marco Pomponio, el cual, creyendo que vendría á darle gracias, cuando no á sugerirle algún nuevo motivo de acusación, le hace entrar al instante y le conduce á una apartada habitación, donde, «Habla—le dice,—estamos solos y puedes decirme lo que quieras. ¿Qué deseas de mí?»

—«Jura—le dice por toda contestación Manlio sacando de debajo de su túnica el puñal y poniéndoselo al pecho,—jura no reunir la asamblea del pueblo para acusar á mi padre, ó eres muerto.

»Aterrado Pomponio por la fiera actitud de Manlio, en cuya voz amenazadora vibran la resolución y la fiereza, se apresura medroso á hacer el juramento que le es por el joven exigido; pero apenas se ve libre de él corre á la plaza pública, reúne al pueblo, refiere lo que ha pasado y pide le declaren libre de un juramento que le ha sido arrancado á viva fuerza.

»Pueblo heroico el romano y capaz, por tanto, de comprender y apreciar la sublime grandiosidad de la acción de Manlio, se asombra y se conmueve ante ella, y conmovido y asombrado por la grandeza de alma, por el sublime amor filial y por el heroico valor del joven, lejos de pensar en lo que tiene de censurable su intento de matar á Pomponio, piensa, por el contrario, en el sentimiento sublime que inspira su acción, y comprendiendo todo el heroísmo y grandeza de alma del joven, desatiende y desestima la acusación de Marco Pomponio, perdona á Manlius Imperiosus, y, no satisfecho con esto, nombra al joven Manlio tribuno de una legión.»

III

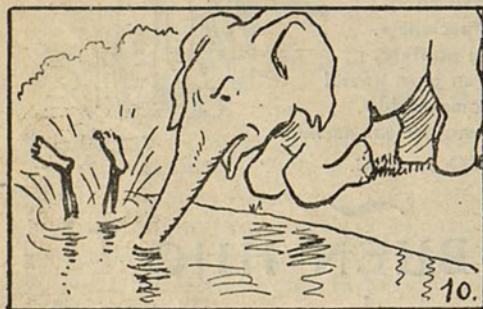
Sublime ejemplo éste que la historia de Roma nos ofrece; el joven Manlio, que tratado con inexplicable y cruel animosidad por su despótico padre, corre, sin embargo, á morir por él ó á salvarlo, es digno por su heroico amor filial del elogio y de la admiración de todos los pueblos y de todas las edades.

Por esta razón, por lo que tenía de grande, de generosa y de heroica su conducta, el pueblo romano premió y enalteció á Manlio, entregando este hecho suyo á la Historia y á la Fama.

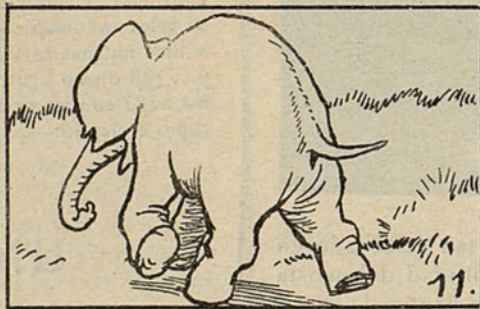
No olviden este ejemplo mis infantiles lectores; y si la conducta de sus padres (Dios no lo quiera) no es para con ellos la que por regla general tienen todos los padres con sus hijos, recuerden al joven Manlio y piensen que tanto mayores fueron el mérito y heroísmo de éste, cuanto más crueles é inmerecidos habían sido los despiadados tratamientos de su padre.

MARIANO VALLEJO

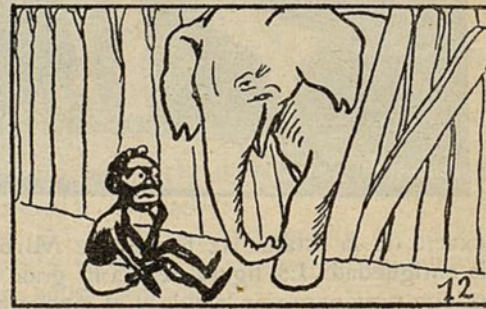
AVENTURAS DE UN ELEFANTE (Continuación.)



Al llegar á una profunda y cenagosa charca, ¡zas! arrojó al cruel reyezuelo al agua, en la que pereció.



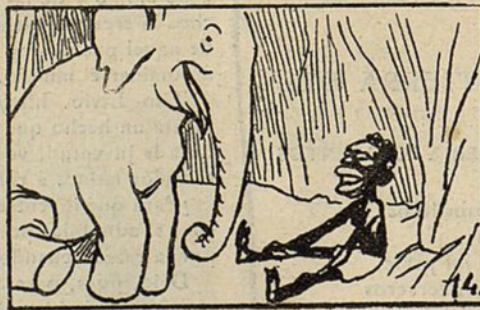
El elefante, rápido en sus resoluciones, se dirigió á buscar al muchacho, decidido á protegerle.



Llegó al corral donde le había dejado, y de un empujón improvisó una puerta, por la que penetró sonriente.



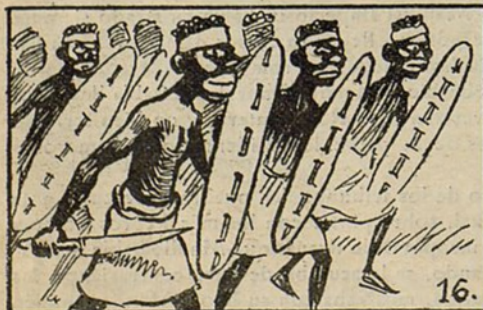
—Vente conmigo y no sientas estos lugares dejar—le dijo con música de *El dúo de la Africana*; y le colocó sobre su cabeza.



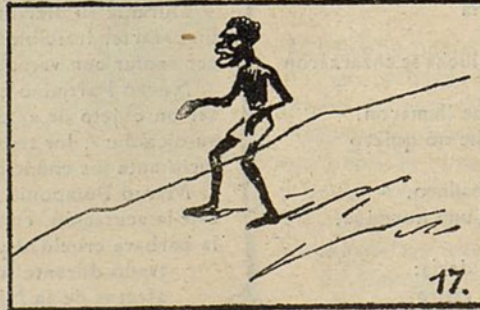
Y llevándole á una caverna, oyó de los amoratados labios de su protegido el triste relato de sus desventuras.



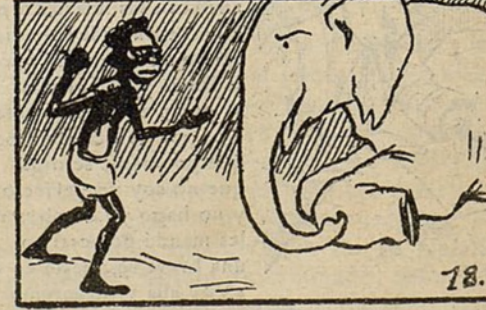
Mientras tanto, en la tribu achacaban al esclavo la muerte del rey y afilaban el mejor cuchillo para su ejecución.



Mas como lo primero era encontrarle, salieron los sicarios en su busca, armados hasta los dientes.



El esclavo, que había salido de la caverna á tomar aires, los vió de venir.



Y corrió á avisar á su protector del peligro que corrían. El elefante le escuchó hondamente preocupado. (Continuará.)